

EL DE MENTE HEROICA: EL NUEVO FIN DE LOS ESTUDIOS Y SUS RECOMPENSAS

Josep Martínez Bisbal



Esta contribución trata de explorar el nexo constante en Vico entre vida, obra y fama desde la expresión que alcanza en el *De mente*, donde afloran tanto las peripecias vitales de su autor como su evolución intelectual.

This piece attempts to explore the constant connection between life, work and fame within Vico from the expression that it achieves in *De mente*, where the vital events of its author and his intellectual evolution surface.

I. UN NUEVO VIEJO ARGUMENTO

En la Oración inaugural de 1732, *De mente heroica*, el viejo Vico se dirige en latín y con elocuencia a los jóvenes universitarios para exponerles un “argumento absolutamente nuevo [...] grave por el peso de sus propios contenidos y henchido de ubérrimo fruto para vosotros”¹. El argumento, que explicita inmediatamente, no es otro que el fin que debe guiar a quien quiera dedicarse “a los estudios literarios”. Este fin no debe de ser ni el deseo de riquezas y de honores –más fáciles de conseguir por el “vil y sórdido vulgo” y por los “militares y cortesanos”, respectivamente–, tampoco, el deseo de “sabiduría” que guía a los filósofos que buscan “disfrutar ociosos de su tranquilidad de espíritu”, más bien, el fin mucho más alto y superior al que Vico exhorta a los estudiantes es a “desplegar vuestra mente heroica y poner la sabiduría al servicio de la felicidad del género humano”, fin que no es superior a la condición humana sino conforme a “la naturaleza de vuestras mentes”. De hacerlo así, los bienes y honores rechazados como fines se recuperarán como recompensa: “no sólo afluirán a vosotros, aún desdeñándolos, riquezas y caudales, sino que incluso, a pesar de no cuidaros nada de ellos, cargos y poder os rondarán”.

El argumento, como sabemos, no es nada nuevo en la reflexión viquiana: el problema del fin de los estudios y de su repercusión social vertebró las seis primeras *Orazioni inau-*

Este texto es una reelaboración de la ponencia “El *De mente heroica*: entre la gloria justa y el ‘ritiro al tavolino’” presentada en el congreso internacional *Eroi ed Età Eroiche attorno a Vico* organizado por la Università degli studi di Salerno en mayo de 1999.

gurali en un recorrido que, desde la *Or. I* que toma como guía el “conócete a ti mismo”, culmina precisamente en la *Or. VI*, en la que fin (cristiano) y método de estudio se entremezclan, pues si bien en la oración siguiente, el *De ratione*, el fin está presente “puesto que se difunde a través de él [de “nuestro método de estudios”] como la sangre por todo el cuerpo”², la comparación de métodos de estudio que centra la oración tiene un propósito crítico con un alcance que excede el marco de la universidad y unos destinatarios que, en la versión publicada, no son los estudiantes universitarios.

Ahora Vico, enfermo y con sesenta y cuatro años, en el momento en que la Universidad napolitana renueva con solemnidad la vieja tradición de los actos de inauguración de curso y apenas a la distancia de un año de haber dejado escrita enfáticamente su muerte como literato, retoma su viejo y querido argumento del fin de los estudios –como la ocasión también requiere– para impartir su última lección a los “adolescentes de mi mejor esperanza”, su canto del cisne. La presentación del discurso como un *argumento nuevo* ya nos remite a las *Orazioni inaugurali*, y en particular a la *VI*, pues es cuando Vico la recuerda y resume en la *Vita* cuando advierte que “se ve claramente que en el ánimo de Vico se agitaba un cierto argumento nuevo y grande, que uniese en un solo principio todo el saber humano y divino”, aunque se alegra de no haberlas publicado porque aún en ellas el principio buscado estaba lejos³. Es posible imaginar que Vico, incansable perfeccionista, a la hora de preparar su discurso tomó entre sus manos el manuscrito de las seis primeras oraciones y leyó con particular atención la sexta sobre el fin cristiano de los estudios, y desde su reflexión teórica mayor que ha logrado ya la forma que le correspondía en la *Sn30*, y desde la experiencia de su vida –sobre la cual acababa de escribir la *Aggiunta*– se dispuso a enmendar su insatisfacción exponiendo el argumento –ahora ya claro y consciente– de nuevo en forma de *oratio* sobre el fin de los estudios. Es el viejo argumento pero renovado con toda la sabiduría adquirida y, por ello, presentado como *absolutamente* nuevo.

En la mera exposición inicial del argumento se aprecian ya a simple vista novedades. La primera que destaca es la aparición del término ‘heroica’ para calificar la mente que realiza la racionalidad humana de forma más sublime, término que precisa y sustituye aquel “verdadero hombre” que en la *VI* oración ejemplificaba con Cremes, el personaje de Terencio que ayudaba a los demás con palabras, consejos y obras, es decir, los hombres que si aplicaban la sabiduría a ayudar a la sociedad humana eran hombres “muy por encima de los demás y poco, permítaseme decirlo, por debajo de los dioses”, y que tenían el modelo en los sabios civilizadores Orfeo y Anfión⁴. El uso del término es apropiado, argumenta Vico, porque tiene el mismo sentido que le dan los poetas cuando definen a los héroes como hijos de Júpiter, pero aún se usa con mayor propiedad en este caso porque “sin toda esa ficción de las fábulas”, la mente sí tiene “un origen divino, faltándole tan sólo el ser desplegada por la doctrina y la erudición” y, por tanto, la tarea de héroe no es sobrehumana sino la sublimación de la propia naturaleza de la mente, la realización de su linaje divino. Ya en la lejana *Or. I*, con la versión ciceroniana del “conócete a ti mismo”, se señalaba una especie de divinidad del “ánimo humano” cuyo reconocimiento justificaba la posibilidad de adquisición de todos los saberes, y en la reciente *Ciencia nueva* Vico ha acuñado toda una edad como “heroica”, por ello también hay novedad en la precisión de la tarea heroica. Ahora es un “despliegue de la mente”, como corresponde al héroe de la edad de la razón toda desarrollada, al héroe “definido por los filósofos”, que realiza una sabiduría que ansía lo único

sublime que hay en la naturaleza (aparte, por tanto, de Dios): “la felicidad del género humano, la única a la que sólo los héroes atienden con exclusividad”, sabiduría cuyo culmen concretará, en el desarrollo del argumento, en la innovación, la creación.

Precisado el alcance del heroísmo que da nombre a la oración, Vico, igual que al “verdadero hombre” de la *Or. VI* y casi con las mismas palabras, garantiza a quien cumpla con su mente heroica la “gloria” definida con Cicerón como la “fama”, pero ahora con mucho más motivo merecida pues es precisamente a los héroes a quienes corresponde obtener “la inmortalidad de su nombre” por la gran difusión de “la fama de sus méritos para con el género humano”. Completado así el argumento, que a los bienes, riqueza, honor y poder que llegaban aún sin querer, añade la gloria justa que le corresponde al héroe, Vico reclama a los estudiantes a que “puros y limpios de pasiones terrenas” experimenten que “el inicio de la sabiduría es el temor de Dios” (como en su Ciencia nueva lo es de la vida asociada), a que se dispongan a cumplir el deber de la mente que “no puede no ir en pos de lo sublime, no intentar lo grande, y no llevar a cabo lo egregio”. Y mientras, desde el umbral de ese saber y de los estudios universitarios, invita a los adolescentes a contemplar “de modo magnánimo lo que os ha sido expuesto aquí, ante vuestros ojos”.

Lo que persiste en este espléndido argumento es la brega con el problema del fin de los estudios desde la perspectiva de los motivos que deben impulsar al hombre hacia la erudición y la cultura y desde la consideración de la recompensa que le corresponde, ahora formulado con el fuerte nexo entre el heroísmo filosófico por una parte y, por otra, la riqueza, honores y poder que le afluyen y la gloria de la fama inmortal que le corresponde. La seguridad con que se afirma este nexo, como sabemos, contrasta fuertemente con la experiencia vital de quien lo formula, es decir, contrasta con el Vico que quiere salir de la pobreza familiar de origen a través del estudio y que, siempre oprimido por la *aversa fortuna*, suplica exponiendo con patetismo su pobreza y su miseria, con el literato difamado y víctima de imposturas que reivindicaba apasionadamente su nombre y su honor, con el filósofo portador de novedad que celosamente enumera sus méritos y proclama su gloria y se desespera cuando no le es reconocida. El problema de la fama atraviesa toda la vida del napolitano que ya al inicio de la *Vita* observa que su costumbre de adolescente de ponerse en verano “*al tavolino a la sera*” y estudiar hasta la madrugada era “indicio de que, al ir avanzando en edad en medio del estudio de las letras, iba a defender con fuerza su vocación literaria”, signo que viene confirmado en las últimas líneas de la *Aggiunta* en las que el *tavolino*, tras la continua necesidad de usarlo en defensa de su fama, deviene “su alto e inexpugnable castillo” donde escribe las “generosas venganzas de sus detractores” que son, paradójicamente, las que le “condujeron a encontrar la Ciencia Nueva”⁵. No otra cosa que el deseo de fama lo llevó a “retomar el camino” de los estudios después del abandono juvenil de éstos por culpa de la *logica crisippea* que no era adecuada para su edad, deseo de honor y gloria que justifica en la *Vita* como apropiado a su juventud con una versión de la misma sentencia que encabeza el *De mente* y que adjudica a la vejez la búsqueda de la utilidad⁶. No deja de ser una ironía, en este sentido, que el censor civil del *De mente* sea N. Capasso, el burlón torturador de la fama de Vico.

El propósito de esta contribución es doble. Trata de explorar este nexo constante en Vico entre vida, obra y fama desde la expresión que alcanza en el *De mente*, pues aunque aquí el nexo entre heroísmo filosófico y recompensas y gloria es afirmado con rotundidad en su presentación inicial, su desarrollo en la oración presenta cambios y matices donde

afloran tanto las peripecias vitales de su autor como su evolución intelectual. Por un lado, dirigida la oración a establecer el fin correcto de los estudios, es en el relato que hace del itinerario hacia la sabiduría y sus recompensas donde aparece la evolución de su amarga experiencia con los bienes, los honores y la fama; por otro lado también es en ese itinerario y su final donde puede medirse la distancia teórica que separa al autor de la *Or. VI* del autor de la *Sn30*, es decir, la distancia entre quien *agitava* en su ánimo un argumento nuevo para unir el saber divino y humano y quien, sintiéndose poseedor consciente de él, se declara más afortunado que Sócrates⁷.

II. LA “INSTRUCCIÓN PÚBLICA” Y EL LUGAR DIGNO EN LA CIUDAD. UNIVERSIDAD Y SABIDURÍA

En el acto inaugural universitario, “desde el umbral”, lo primero que se presenta a la contemplación de los ojos de los jóvenes estudiantes y que Vico les describe son, a la derecha, los “gravísimos hombres” que representan la “instrucción publica”, es decir, los docentes premiados con honores por el poder político, los docentes llenos de gran “doctrina” para cuyo derecho a ejercer el magisterio “cada uno de ellos concursó llevando a cabo, en la premura de un tiempo brevísimo, las pruebas, dificultosas por demás, de unas solemnes lecciones”. Y, a su izquierda, los jóvenes pueden ver a los “ilustrísimos magistrados” que, gracias al saber adquirido en la universidad, “han alcanzado en el Estado los más altos cargos”. Ante tanta dignidad, los jóvenes, con ánimo despierto, deben disponerse a aprender de “estos doctísimos profesores, porque ellos querrían hacer de vuestra condición la más honorable de esta ciudad, la más espléndida no sólo de Italia, sino casi de Europa entera”.

La descripción elogiosa del cuerpo docente y de las autoridades políticas asistentes a un solemne acto académico forma parte del ritual, y también la actitud respetuosa y conciliadora de Vico puede expresarse ahora con mayor facilidad después de la reconciliación con su destino que representan las páginas finales de la *Aggiunta*, pero una cierta exageración de los elogios y la alusión al angustioso concurso que prueba la excelencia del docente universitario dan muestras de la memoria dolida del napolitano.

La relación de Vico con la universidad napolitana, desde el fracaso en el acceso a la cátedra de leyes del 1723, está marcada por el resentimiento que deja su huella en el olvido clamoroso de citarla en la *Vita* como parte del proceso de su formación y que se expresa con claridad en los sarcasmos con que se refiere a ella en la carta a B. M. Giacco del 25 de octubre de 1725⁸. Y aún deben quedar trazas de ello pues Vico, al presentarse a los estudiantes al inicio del discurso, lo ha hecho en primera persona como un docente que viene ejerciendo las funciones de catedrático de elocuencia durante “los últimos treinta y tres años” y que “en severas meditaciones literarias me he llegado casi a consumir”, por lo que ahora, cuando elogia los honores con que el poder político ha distinguido los méritos de algunos docentes, no pudo dejar de sentir (ni de hacer notar a quienes sí conocían su historia) que él, pese a ser entre ellos el “más antiguo de todos en cuanto a posesión de cátedra”⁹ no ha recibido todavía ningún honor relevante.

Pero mayor esfuerzo debió de suponerle cifrar en la superación de un concurso universitario la prueba del valor del saber de un docente cuando él, como todos los docentes presentes sabían, había sido rechazado en uno de ellos al que aspiraba con todas sus fuerzas y en el que fue vencido por un joven de menos experiencia pero protegido por poderosos.

El fracaso universitario, el rechazo del gremio y la frustración de las expectativas de promoción social, sabemos que fueron un revés muy duro en la vida de Vico y aunque, irónicamente, lo convirtió en oportuna ocasión concedida por la universidad para la escritura de la *Sn25*, ocasión que luego bendecirá como acción providencial que le encaminaba a la *Sn30*, la herida persiste en su memoria. El recuerdo aún aparece reprimido en forma de postilla apresurada y luego cancelada en las últimas líneas de la *Aggiunta*, donde de nuevo pretendía dejar constancia de que había sido reputado inepto para educar a la juventud. ¿Por qué ahora, con la alusión a los concursos, exhibe su herida delante de quienes se la infringieron? Quizá puede ser una muestra (y un acto) de la reconciliación con su pasado, pero también puede ser una muestra de su orgullo que siempre defendió tan puntillosamente, incluso una irónica *vendetta*, porque si bien aquí aviva el recuerdo del fracaso, después, hacia el final de la oración, cuando en el itinerario del saber llega a los caminos de las musas, pone como ejemplo de acción heroica para los juristas la realización de la tarea sobre la que elaboró, en veinticuatro horas, la lección más difícil de las tres que le habían correspondido en suerte y en la que demostraba sus méritos para la cátedra: la necesidad de una exposición sintética de la jurisprudencia “con las definiciones de los *nomina iuris*”¹⁰. Así también recuerda, con finura, que la tarea para la cual no le consideraron adecuado y que abandonó sigue siendo una tarea digna de una mente heroica y que nadie ha resuelto todavía.

Anima a los jóvenes a confiar en que la universidad, a través del estudio, les proporcionará la condición más honorable posible en su ciudad, la más espléndida de Europa. De hecho, tienen un ejemplo en los “ilustres magistrados” que, sentados a la izquierda de los docentes, han alcanzado los altos honores del Estado gracias a sus estudios universitarios¹¹. Como se relata en la *Vita*, el joven Vico, tras rechazar la oferta de hacerse teatino, recibió uno de sus primeros impulsos para empezar a “adquirir fama de literato” de Giuseppe Lucina, uno de sus protectores que “habiendo conocido por experiencia cuánto valía el joven, se lamentaba gentilmente que no se sacase de él algún buen provecho en la ciudad”¹². Orientado hacia el servicio a la ciudad en la universidad, en su cátedra de leyes estaba el objetivo del Vico que hasta el 1723 elaboró sus obras, según confiesa, con miras al beneficio propio “de merecer algún lugar decoroso en mi ciudad”¹³ y en el cual fracasó. El objetivo utilitario, que es el reconocimiento de que los estudios universitarios son una vía honorable para obtener una posición social prestigiosa y, por tanto, una forma digna de salir del “vil y sórdido vulgo” del que procede el propio Vico, era y sigue siendo legítimo y por ello vivió como una injusticia que no fueran reconocidos sus méritos a la cátedra y, ya con cincuenta y cinco años, por esta “desventura [...] desesperé de conseguir alguna vez en el futuro un puesto digno en su patria”¹⁴. La ciudad deviene lugar de rumores, de críticas y de detractores del *Diritto Universale* ya desde la aparición de la *Sinopsi*. Aunque su *avversa fortuna* ya la había mencionado en 1710¹⁵, es a partir de la mala recepción de su obra jurídica –un golpe de la *rea fortuna*– y del fracaso en el concurso cuando la expresión queda asociada a su vida y viene repetida con insistencia en su epistolario, apareciendo todavía en 1732 como “*la mia ostinata avversa fortuna*”¹⁶. Se siente incomprendido. Si en el *De ratione* había dejado escrito el gran temor de su vida de “ser el único en saber, cosa ésta que siempre me pareció colmada de peligros, para no resultar un dios o un necio”¹⁷, a consecuencia del fracaso de su obra jurídica, para el que busca obstinadamente explicaciones –como el no tener “*ricchezza né dignità*”¹⁸–, comienza a aceptar, como salida al dilema indeseable, que

sólo pocos sabios y doctos pueden apreciar su obra, es más, que por “*superba necessità*” siendo siempre pocos los verdaderamente sabios sólo a ellos se dirige y sólo de ellos espera el reconocimiento¹⁹. El fracaso local tiene la única compensación europea de la carta y la recensión de Leclerc, autor que será su “*sommo refugio*” y, cuando la ciudad deviene un *diserto* para la *Sn25*, será el *vento favorevole* que le permite seguir su camino y el *porto* donde defenderse “*nelle tempeste della contraria fortuna e della corruzione del secolo*”²⁰. Sin esperanzas de obtener el éxito local, con la *Sn25* iniciará una estrategia para obtener el reconocimiento europeo.

El primer subtexto de la *Vita* que cierra con la recensión elogiosa de Leclerc, escrito en 1723 por la petición que se le hace desde Venecia, es ya un escrito vindicativo de su nombre en que, junto al relato de una vida de literato toda ella coherentemente dirigida a su obra jurídica, acumula méritos y elogios y construye su imagen de genio autodidacto y de extranjero en su patria. Expresa su frustración –y denuncia la injusticia– ante la quiebra de su confianza en que su antigüedad como docente, sus méritos universitarios y la “vida que había llevado en su patria, donde con sus obras de ingenio había honrado a todos, ayudado a muchos y perjudicado a ninguno”²¹, tuvieran la legítima recompensa que él esperaba del reconocimiento universitario y ciudadano de su valía y su dignidad. Pese a ello, ahora en el *De mente* reafirma a los estudiantes en esta confianza en la unión de estudios universitarios y obtención de una condición honorable en la ciudad, unión que, manteniéndose, mantiene también como injusto el trato que a él le han dado la universidad y la ciudad.

Sin embargo, inmediatamente, Vico, con su querido recurso a las definiciones de los términos, fija la función de la universidad, como institución, fuera ya del conflicto con el interés utilitario y las recompensas sociales. Lo que los estudiantes deben esperar y pedir a la universidad es aquello que “promete la expresión 'Universidad de los Estudios’”, es decir, el *aprendizaje completo de todo el ciclo de las disciplinas*, pues en las ciencias, como en las virtudes para Sócrates, nunca va una sola sino acompañada de las otras. Es un trabajo duro el recorrer todas las ciencias, pero es justo el que corresponde al origen divino de la mente porque la sabiduría no cae del cielo como resultado de plegarias, sino que hay que desearla y se obtiene con un constante y continuo trabajo, poniendo a prueba las propias fuerzas, llevándolas al límite, despertando la inteligencia, con lo que, asegura a los estudiantes, “ante vuestra propia admiración, alumbraréis, [...] los divinos milagros de vuestros ingenios”. Es ésta la sabiduría creadora que se debe buscar y es éste el verdadero objetivo heroico al cual deben encaminar los estudios universitarios, razón por la que también la universidad está bien definida por los italianos con el término '*Sapientia*'.

La sabiduría, además, según la definición de Platón, es también “purificadora, sanadora, perfeccionadora del hombre interior”. El hombre interior es “*mens et animus*” y ambos están corruptos por el pecado original y, por ello, los estudiantes necesitan “curación, salud y perfección” de la parte mejor de su naturaleza, su hombre interior, y, como enfermos, deben dirigirse a la instrucción pública como a un hospital: para sanar. Así pues, con sabio vocablo “transferido de los cuerpos a los espíritus”, las universidades también están bien definidas con el término 'gimnasios públicos'. Desear de la sabiduría la sanación y la perfección individual conlleva el “ingente provecho” de dedicarse a los estudios para “no parecer, sino ser doctos”.

La universidad, como lugar de la sabiduría, tiene pues que ofrecerla completa, en todas sus disciplinas, para preparar y predisponer a los estudiantes hacia la creación de los

“divinos milagros” de sus ingenios y para que logren la perfección individual de su naturaleza corrupta²².

III. LA SABIDURÍA COMO PERFECCIÓN INDIVIDUAL Y LA INDIFERENCIA POR LAS RECOMPENSAS

Con la corrupción humana debida al pecado original que presenta la sabiduría como terapia y perfección del sujeto, Vico enlaza con la *Or. VI*, donde esta condición humano-cristiana que “no sólo nos advierte qué estudios debemos cultivar, sino incluso su camino y su método”²³ funciona como principio unificador del “saber humano y divino”. La comparación de las dos oraciones ilustra sobre cambios significativos.

Como se recordará, en la *Or. VI* el mal original afecta a la tríada *mente, ánimo y lenguaje* y sobre esta tríada se describen, sean las penas y tormentos de la humanidad caída, disgregada y dominada por el “amor a sí mismo” y en cuyas aparentes sociedades, en realidad, “grande es la soledad de los ánimos en medio de la abundancia de los cuerpos”; sea el ideal de perfección, el “verdadero hombre” que realiza el rescate de la naturaleza humana; o sean los elementos de la sabiduría y el método de recorrerlos hasta alcanzarla²⁴. El *conocimiento de las cosas divinas, la prudencia de las humanas y la verdad y la adecuación de la oración* constituyen el triple camino hacia la verdad, la virtud y la elocuencia y sobre él se articulan las disciplinas y los saberes que forman el itinerario de la sabiduría.

El cambio en el *De mente* es radical: del origen se enfatiza su naturaleza casi divina y el hombre interior es “*mens et animus*”, y esta pareja, que no tríada, no juega ningún papel estructurador de los saberes excepto que con ellos puede sanar y perfeccionarse. Además, la elocuencia, al perderse el tercer elemento, deja de aparecer en el primer plano de la mediación entre sabiduría y sociedad en su función de conducir “a los hombres de la soledad a la sociedad”.

Junto al cambio, profundo porque afecta al principio unificador del saber, podemos espiar también una huella de la laboriosa y orgullosa salida de Vico del fracaso universitario. Se encuentra en el hecho de que justo cuando en el *De mente* Vico presenta como fin de los estudios y fin propio de la sabiduría la perfección individual, lo primero que asegura es que con la aceptación de este fin cambia la relación con las recompensas que ya ni importan, ni molestan: “necesariamente –les dice a los estudiantes– deben desaparecer ya de vuestros ánimos aquéllos otros muy inferiores, a saber, riquezas y honores” y, aunque vengan con abundancia, no por ello “desistiréis de tornaros en más y más doctos”. Además, el buscar el *ser* y no el *parecer* aleja “todo fraude, toda vanidad e impostura”, así como también libra de la envidia –propia o de otro– porque lo que se desea es un bien común a todos cuya obtención por alguien no merma las oportunidades de nadie. Ya en la *Or. VI* Vico había descrito a los doctos que no tienen la virtud como fin prioritario como quienes “asediados por la ambición, viven inquietos por una *familia* de erudición y se consumen por su envidia a los más doctos”, pero era como el aviso de un peligro o de un camino equivocado a evitar. En cambio ahora, cuando ya ha experimentado en su vida la parquedad de bienes y honores y los efectos del fraude, de la envidia y de la impostura, afirma la inevitabilidad de que, con la perfección individual como fin, los peligros dejen de acechar y las recompensas no importen.

Esta afirmación Vico podría avalarla con su propia experiencia personal, porque con el parto²⁵ de la *Sn25* no sólo alumbró una obra, sino que él mismo renació y advirtió conmovido la perfección personal que había adquirido y sus efectos sobre su conflictiva rela-

ción con la fama y los competidores. Y así lo dejó escrito en la sentida carta de octubre del 1725 a B. M. Giacco que acompañaba el envío del tierno parto:

“Porque por esta Obra yo siento haberme vestido un hombre nuevo; y encuentro rechazables aquellos estímulos de tanto lamentarme de mi adversa Fortuna, y de tanto embestir contra la corrupta moda de las Letras, que me ha hecho tal adversa Fortuna, [...] Es más, (no será por ventura verdadero, pero me place estimarlo verdadero) esta obra me ha informado de un cierto espíritu heroico, por el cual ya no me perturba ningún temor de muerte y experimento el ánimo desinteresado en hablar de los competidores [*emoli*]”.

La gestación del parto ha sido dura, porque, tras el fracaso universitario, la negativa de Corsini a sufragar la edición del libro anunciado le obligó a una nueva y rápida redacción, a un trabajo intensivo de *tavolino* que redujo sus dimensiones y le permitió así hacer frente a los gastos de edición con la venta-sacrificio de un bien personal, el famoso anillo. Pese a todo, con la *Sn25* Vico se siente un *hombre nuevo* y se cree libre de la lucha con la *adversa fortuna* y despreocupado de *los competidores*. Parece que experimentó la prueba de que alcanzar la perfección personal, llegar a ser, es un bien superior a riquezas y honores y un estado de virtud. Sin embargo, cabe notar que su transformación la describe como “un cierto espíritu *heroico*”, y que éste es efecto de la producción de una obra, de una obra nueva²⁶. Parece como si Vico, *admirándose* del *divino milagro* creado por su ingenio, conmovido, no acertara aún a definir sus efectos. Pero la novedad de la obra es tal que cambia su concepción de los saberes y su ordenación metódica como itinerario para alcanzar la sabiduría, cambio que se refleja en la nueva propuesta del *De mente*.

Brevemente descrito este camino, en la *Or. VI*²⁷, contiene como medios, siguiendo la tríada mente-ánimo-lenguaje, primero el conocimiento de las “cosas divinas”, a su vez dividido en el conocimiento de las “cosas divinas naturales” (o, simplemente, “cosas naturales”) que ofrecen las matemáticas y la física (incluyendo en ésta última la anatomía y la medicina), y el conocimiento de las “cosas divinas divinas” (mente y Dios) que desde la ciencia ofrece la metafísica y desde la religión la teología. En segundo lugar, la experiencia de las cosas humanas que encamina a la virtud, al cumplimiento de los deberes “como hombre y como ciudadano”, se encuentra en las doctrinas moral y civil, las cuales, conformadas a la religión, constituyen la teología moral, confluyendo las tres en la jurisprudencia (la “pericia jurídica”), en particular en aquella que se ocupa de interpretar “el derecho en un Estado cristiano”. Finalmente, para discutir sobre las cosas divinas y las humanas, según el grado de competencia del interlocutor, cuenta con la lógica para el discurso que mire a la verdad y con la retórica y el arte poética para el discurso adecuado, atrayente.

Esta enumeración de saberes, de doctrinas y prácticas estrechamente unida a la tríada, sin embargo, Vico la hace preceder por la “gramática”, pues es necesario saber expresarse como condición previa de acceso a toda verdad o decoro del discurso, y le añade al final las “historias” que estas artes y ciencias tienen. Ni las lenguas, en su uso meramente expresivo, ni las historias encajan bien con la tríada que concreta el principio unificador. Éstas últimas, además, son historias *escritas* de los saberes que, como complemento de la teoría, “consignan sus especies o modelos [*exempla*]”, historias que no todos los saberes tienen, como es

el caso de las matemáticas, la lógica y la metafísica. Con el aval griego de la distinción de las disciplinas en *acroamáticas* –que se aprenden de viva voz– y *exotéricas* –las que cada uno aprende por sí mismo–, deja las historias escritas y publicadas como materia que los estudiantes han de aprender por su cuenta.

El aprendizaje metódico de estos saberes sigue un itinerario que repite en el mismo orden la enumeración realizada, pero ahora justificado con una diacronía que viene dada por el proceso evolutivo del sujeto desde su infancia y por los distintos grados de saber que se adquieren con cada uno de ellos²⁸. Es el itinerario que comienza en la infancia, edad de la memoria robusta, con el aprendizaje de las lenguas que requiere, precisamente, de la memoria. Las lenguas elegidas con el objetivo de reconstituir, en la medida de lo posible, la sociedad humana, son la griega y la latina porque ambas son “ciertas” y, en diverso grado, “doctas y comunes”, y la “santa lengua” hebraica porque es necesaria para acceder al fundamento de la teología cristiana. En la juventud, cuando “la fantasía debe ser atenuada, para que, por su propia mediación, la razón cobre fuerzas”, procede el aprendizaje de las matemáticas y de la física, por las cuales la mente se comprende “a sí misma y a través de sí a Dios Óptimo Máximo” llegando así, por el conocimiento de las cosas naturales, a la metafísica que permite conocer al Dios Omnipotente “que la naturaleza nos manifiesta” y que se completa con la teología cristiana que nos permite conocerle como lo enseña la religión. Con ello se ha alcanzado todo el conocimiento de las cosas divinas y ahora le sigue, en un segundo momento, el aprendizaje de las doctrinas de las cosas humanas en el que hay que imitar a “los timoneles de las naves” y tomar a la mente humana y a Dios como “Osa menor, para dirigir el rumbo de nuestras vidas humanas [...] de un modo más cauto y seguro”. Aquí se revela la verdadera utilidad, el verdadero fin de las disciplinas aprendidas y, en su reconocimiento, se distingue el verdadero sabio del falso docto: dado que el fundamento del saber humano es la capacidad de discernir “los verdaderos límites del bien y del mal”, y dado que el hombre desea saber “porque desea ser feliz”, la verdadera sabiduría está en “elegir los verdaderos fines de los bienes en el transcurso de su vida: esto es, las virtudes y las buenas artes del ánimo, y, a través de ellas, cultivar la divinidad de la mente y, por su mediación, acceder a Dios”. Este saber de las cosas humanas, sin el cual el conocimiento de las cosas divinas y la elocuencia no son sabiduría, se obtiene prosiguiendo los estudios con las doctrinas moral y civil y con la teología moral, “para que algún día, a partir de las confidencias de los príncipes”, los estudiantes, devenidos sabios, puedan “asesorarlos en la administración y el gobierno de los Estados con los más sabios consejos”. Estos estudios conducen con facilidad al aprendizaje de la jurisprudencia que, situada al final, es la culminación directamente práctica de la experiencia de las cosas humanas. Después, sólo queda adquirir el dominio de la elocuencia para salir del ámbito individual o del de pocos y extender la sabiduría al mayor número posible de personas.

Centrado en la corrección de la naturaleza corrupta, en el itinerario de la sabiduría como perfección individual, el conocimiento verdadero o probable de las cosas naturales tiene prioridad temporal y epistemológica y, por ello, las matemáticas y la física son el camino para la metafísica, para que la mente se autoconozca y conozca a Dios. Pero la primacía en la sabiduría, el verdadero fin superior al que debe servir todo el conocimiento anterior movido por el deseo humano de felicidad, la tiene el objetivo de la virtud personal y social que, guiado por la metafísica, es la mejor forma de cultivar “el carácter divino del pensamiento”. Para concretar la ayuda al género humano que debe caracterizar al “verdadero

hombre” que mira a la reconstitución de la sociedad humana caída, sólo encuentra, como salidas, primero el dominio de las lenguas que por claridad y difusión mejor permitan expresarse y entenderse a los hombres disminuyendo su división lingüística y, segundo, más allá de los efectos sociales beneficiosos que ya comporta una vida personal, ciudadana y profesional virtuosa, encuentra el posible asesoramiento de los príncipes y el ejercicio sabio de la jurisprudencia cristiana y, finalmente, la extensión de la sabiduría al mayor número posible de personas, que confía al poder atrayente de la elocuencia.

Vico, en el primer subtexto de la *Vita* que escribe como autor del *Diritto universale*, sitúa en el *De ratione* la evidencia de que “siempre tenía la mira puesta en la universidad en el campo de la jurisprudencia”²⁹, pero esta elección dictada por la utilidad personal, si nos atenemos a su visión de los saberes del año anterior en la *Or. VI*, es también la elección del saber de mayor utilidad social directa. Su intento inmediato de construcción de una física (con su apéndice de medicina), de una metafísica y de una moral puede verse también sobre el diseño trazado en la *Or. VI*. Y si bien el *De antiquissima* quedó inconcluso, y con la acumulación de méritos en jurisprudencia no obtuvo la recompensa que buscaba, fueron pasos que, con otros, le condujeron en cambio a una nueva visión de la sabiduría y de su proyección social que se refleja, a la vejez, en la indicación de un nuevo objetivo y un nuevo camino.

En el nuevo itinerario del *De mente*, el propósito de curar, sanar, perfeccionar las facultades de *mens et animus* dañadas por el pecado original se resuelve en breves líneas, señalando de cada disciplina el efecto liberador que puede obtener el estudiante: liberación de la cárcel de los sentidos con la metafísica, de las falsas opiniones con la lógica, de las malvadas pasiones con la ética, de los excesos de la fantasía con la retórica, de los errores del ingenio con la geometría y “del estupor en que os mantiene inmovilizados la naturaleza con sus milagros” mediante la física³⁰. “Y, con todo, –advierte Vico en seguida– no son éstos los más amplios confines de los bienes, en los que la sabiduría se siente dichosa”. No es la perfección individual de la naturaleza corrupta el fin superior de la sabiduría y, por ello, no organiza sobre ella la ordenación metódica del aprendizaje de los saberes.

IV. LA SABIDURÍA SUPERIOR Y EL DESPRECIO DE LAS RECOMPENSAS. EL MODELO DEL COMPLETO SABIO

Con un “Proponeos y esperad otros mucho más espléndidos” da paso Vico a la presentación del nuevo recorrido³¹. Éste se inicia también con el estudio de las lenguas, pero no por su capacidad expresiva previa a todo conocimiento o por requerir su aprendizaje de la robusta memoria de los niños, sino porque su objetivo es trabar “conversación con los más preclaros pueblos de la historia universal” para conocerlos, porque las lenguas son “casi los vehículos naturales de las costumbres” de los pueblos, es decir, porque son historia, memoria que nos ha llegado de sus hablantes y sus culturas. Por ello, la lengua de los hebreos hay que estudiarla ahora porque es la “más antigua”, el griego y el latín nos dan a conocer la “elegancia de la vida ática” de los griegos y la “altura de miras” de los latinos³² y a ellas se les añaden las “lenguas orientales”. Sigue con la lectura de las historias, pero ahora, significativamente, no las de las ciencias, sino las de los pueblos, para estar espiritualmente presentes en “los más grandes imperios del orbe terrestre, que alguna vez florecieron”, y la meditación que sobre ellas propone es la de

“los orígenes, crecimiento, consolidación, decadencia y muerte de los pueblos y gentes, y el hecho de que la calamitosa Fortuna gobierna con soberbia los asuntos humanos y el que, sobre la Fortuna, la sabiduría obtiene un reino firme y estable”,

es decir, el propósito que anima la *Scienza nuova* y que ya tiene en esta obra una realización escrita. Además, con la lectura de los poetas, sigue diciendo Vico, en los caracteres de los personajes que crean y en sus ficciones, se puede contemplar “con mente en cierta medida divina la naturaleza humana [...] hermosísima incluso en medio de su propia fealdad” igual que Dios “observa como cosas buenas y hermosas, en el eterno orden de la Divina Providencia, hasta a los monstruos errantes y las pestes malignas de la naturaleza entera”. Y con admiración hay que leer a “los sublimes oradores, que, con admirable arte acomodado a la naturaleza humana, impulsan a querer cosas absolutamente contrarias a unos ánimos obstinados”, tarea que sólo sabe cumplir con perfección Dios, que por vías divinas “arrastra hacia sí con placer celestial las mentes de los hombres, inmovilizados cuanto se quiera por las pasiones terrestres”, con lo que la función civilizadora de la elocuencia adquiere el sesgo de la heterogénesis de los fines que la asemeja a la acción de la providencia.

Lenguas, historia, poesía y retórica, en una nueva concepción toda ella influida por la Ciencia nueva, son, pues, las disciplinas humanas que forman el primer y principal componente de la sabiduría, a las que hay que añadir las que se ocupan de la naturaleza, que aquí no son ni las matemáticas ni la física, sino la geografía, la astronomía y la cosmografía, ciencias del mundo natural que le permiten pasar por él como en un vuelo que, despegando de la tierra, a través de planetas y cometas llega a “las flameantes murallas del mundo”, tras-pasadas las cuales se entra en la metafísica, donde, dentro de las limitaciones de la mente humana, se pueden observar “entre las divinas Ideas, [...] las innumerables formas creadas hasta hoy, y las que pueden ser creadas sucesivamente”.

El itinerario propuesto puede verse como la presentación en forma de programa de estudios de la consciencia que Vico ha adquirido de la novedad de su obra con la escritura de la *Sn30* y que había expresado en la *Dipintura* y en el § 2 que la describe, parágrafo que mantendrá intacto en la *Sn44*: frente a la metafísica que contempla a Dios/Providencia “sobre el orden de las cosas naturales, bajo el cual hasta ahora lo han contemplado los filósofos” (como el propio Vico de la *Or. VI*) propone otra en su obra que, “elevándose aún más, contempla en Dios el mundo de las mentes humanas, que es el mundo metafísico, para demostrar así la providencia en el mundo de los ánimos humanos, que es el mundo *civil*, o sea, el mundo de las *naciones*”. Es la nueva metafísica de la mente humana que en la *Sn25* (§ 40) se elevaba “a contemplar el sentido común del género humano como una *cierta mente humana de las naciones*”, en oposición a la que se ocupa de la mente “del hombre particular”. La novedad de su propuesta, sigue explicando Vico en el § 2, radica en contemplar a Dios “por la parte que era más propia de los hombres, cuya naturaleza tiene esta propiedad principal: la de ser sociables”. Esta naturaleza sociable, ciertamente, es también una naturaleza corrupta por el pecado original, pero su castigo es ahora que los hombres han caído “de la entera justicia” y el remedio dispuesto por la providencia consiste en que los hombres “pretendiendo hacer casi siempre todo lo diverso y con frecuencia todo lo contrario [...] *por la utilidad* misma sean empujados como hombres a vivir con justicia y conservarse en socie-

dad”. Por ello, en el *De mente*, las consecuencias del pecado original para el sujeto como individuo y su consecuente perfección individual pierden la centralidad de principio unificador del saber, porque ahora el sujeto se define y se construye como sociable. De ahí que, frente al programa de estudios de la *Or. VI* en el que desde el conocimiento matemático y físico de *las cosas naturales* se llegaba a la metafísica –a la mente y al Dios *que la naturaleza nos manifiesta*– la cual era norte y guía en la incerteza de las cosas humanas, se proponga ahora la inversión del *De mente* que sitúa el espesor histórico y colectivo de las disciplinas humanas en la base de la sabiduría, de cuyo conocimiento se obtiene un dominio “firme y estable” sobre la calamitosa fortuna que parece regir “los asuntos humanos”, y de ahí que sea desde este saber de las cosas humanas, con un paso rápido por el mundo natural como hecho cosmológico, como se llegue a la metafísica, al conocimiento de la mente y de Dios, a la contemplación de las ideas divinas.

El recorrido lo resume Vico en forma imperativa a los jóvenes: han de recorrer “los tres mundos: el de los humanos, el de las cosas naturales y el de las eternas, y con tal doctrina y erudición celebrad la casi divina naturaleza de vuestras mentes”. Es una expresión lacónica del orden del conocimiento de los tres mundos que parece anunciar el famoso § 42 que introduce en la *Sn44* y que sustituye todo el conjunto de avisos al lector con que concluía la explicación de la *Dipintura* en la edición del 1730³³. Y de su aceptación espera que los estudiantes, con “altos y elevados ánimos”, consideren con desprecio y desdeñen “todos los placeres sensuales, todas las riquezas y recursos, todos los honores y el poder como cosas que están situadas a la mayor profundidad, muy por debajo de vosotros”. El desprecio y el lugar en las profundidades inferiores que ahora corresponden a las recompensas sociales, son la inversión simétrica coherente con el fin superior de los estudios al que ha llegado la oración, pero también para este rechazo radical puede traerse a colación la complicada relación de Vico con la fama.

Pese a la indiferencia por bienes y fama que como hombre nuevo creyó alcanzar con la *Sn25* y que confió esperanzado a Giacco, Vico con esta obra, dirigida “a las Academias de Europa”, pretendió alcanzar el reconocimiento europeo que parecía prometer la elogiosa y exhibida recensión de Leclerc. Como recuerda en la *Agg.*, se preocupó de que llegara más allá de los Alpes y movilizó con tiempo a los amigos para ello³⁴. Y cuando en 1728 escribe el segundo subtexto de la *Vita*, con orgullo y desafío abre la síntesis expositiva de su obra proclamándose nacido “para la gloria de la patria y en consecuencia de Italia”, y la cierra advirtiendo de la gloria que ella supone para la religión católica. Esta proclamación pública de gloria contrasta con el escaso éxito de su obra que reconoce en las cartas y con los constantes análisis que en ellas hace de las causas de su incompreensión, pero tiene el apoyo en ese momento de la propuesta de una nueva edición y de los elogios que le llegan de Venecia, entre los que destaca el de Antonio Conti que, por su fama europea, Vico convertirá en el aval de mayor prestigio de la *Sn25* como Leclerc lo es del *Diritto universale*³⁵. Pero estos años, hasta el 1730, son años terribles para Vico. A la muerte de Angela Cimmino –en cuyo salón Vico tenía un cierto protagonismo– acaecida el 1726³⁶, le siguen la publicación de la *Vita* como modelo ejemplar del proyecto de Porcia –pese a sus protestas, por el riesgo de dañar su fama, que no dejará de recordar en lo sucesivo–, el agravamiento de sus enfermedades, los rumores de su locura, la “vil impostura” de la mala recensión de su obra en las *Actas* de Leipzig de 1728, el conflicto con los impresores venecianos a los que, “*intrato in*

un punto di propria stima”, reclama el material enviado para la nueva edición que, por estar ya por dos veces anunciada, tiene que acometer con sus propios medios, y en el ámbito familiar el drama con su hijo Ignazio que se casa contra su voluntad y a cuya boda no asisten ni Vico ni su esposa³⁷, y la pobreza que sigue oprimiéndole y que refleja en la dolorosa súplica del 1731 al virrey Harrach.

La “vil impostura”, por cuanto supone la frustración de las esperanzas puestas en el reconocimiento europeo, provocó la dura y apasionada réplica de las *Vici Vindiciae*, las “reivindicaciones insignes de un ciudadano napolitano”, que dedica a Carlos de Austria. Este compulsivo escrito en defensa de la dignidad y claridad de su nombre, con el empeño que puso por encontrarle el tono justo –que no impidió la desmesura– y con las dudas de si enviar o no la carta a Mencken, finalmente publicada en al *Agg.*, es expresivo de la tensión máxima y de la irritación con que Vico vive la desproporción entre la bondad de su vida, el valor de su obra y la justeza de sus expectativas de gloria por una parte y, por otra, la dureza de los ataques que recibe, el silencio que rodea su obra, la persistencia de la pobreza. El primer objetivo del “ignoto apátrida” autor de la recensión anónima lo identifica en “herir mi dignidad” con el efecto de “oscurecer mi nombre entre vosotros [los literatos de Leipzig]”³⁸, lo que dificultará que se le conozca en el extranjero o que asocien su obra y su nombre, pero sus consecuencias napolitanas son más duras, porque el ataque de la envidia, del odio, de la maldad perversa (la erudición también puede hacer más malvados a los perversos³⁹) que descubre en las escasas doce líneas de la recensión, tienen en la ciudad claros destinatarios que saben muy bien de qué libro se trata y quién es su autor⁴⁰. En la argumentación de su defensa se encuentra un inventario de todos los méritos y elogios de los que puede hacer uso, incluido el alto precio que se paga por su libro agotado⁴¹, pero sólo quiero aquí llamar la atención sobre un texto revelador de su perplejidad profunda. Es el texto en que se describe a sí mismo para que el malvado decida el castigo que se merece por el delito “cometido contra la dignidad y la estima de un honesto hombre napolitano, que jamás te ha ofendido, y que empeñó su vida en tratar a todos con consideración, ayudar a muchos, no herir a nadie” (es decir, contra un hombre bueno que se describe como lo había hecho en el primer subtexto de la *Vita* para justificar parte de su derecho a la cátedra), contra un hombre, sigue diciendo Vico con sinceridad conmovedora, que

“aunque maltratado por adversa fortuna y ya que maltratado, para reconfortar su adversa fortuna, procurándose consuelo en los estudios de la sabiduría, se afanó con mucho esfuerzo y el mayor empeño en la grandeza, no ya del nombre de Nápoles, sino de toda Italia y de la gloria de la Iglesia católico-romana”⁴².

Si por la *Digresión acerca del ingenio humano* las *Vici vindiciae* tienen una conexión clara con el *De mente*, también este momento de máxima tensión y frustración con la fama, vivido y escrito sólo unos tres años antes de la solemne oración, puede verse unido al desprecio con que ahora, retóricamente, considera las recompensas.

Muy alto y erecto tuvo que poner Vico su ánimo, como pide a los estudiantes, para sobreponerse y vencer tanta desgracia. De nuevo ha de retirarse al *tavolino*, forzado por la necesidad de cumplir el anuncio público de su edición y condicionado por sus escasos recur-

sos, para producir la escritura de la *Sn30* en la que encuentra la forma que le correspondía a su ciencia. Inmediatamente cambia la decisión comunicada a Muratori un año antes y escribe la *Agg.* a su *Vita* donde detallada y documentadamente explica malentendidos y conflictos editoriales que oscurecen su nombre y su fama y, en las últimas páginas, comunica solemnemente que viejo, “lacerado y cansado” abandona del todo los estudios. Probablemente Vico creía próxima su muerte. Puede verse una amargura resignada y distanciada en la dedicatoria a Ludovico de los “miseros restos de la infeliz *Ciencia nueva*”, pero el breve y denso balance que hace de su vida profesional, donde deja constancia escrita de los rumores y maledicencias que tanto le han atormentado, culmina en la bendición de las adversidades porque por ellas, “como a su alto e inexpugnable castillo, se retiraba a su mesa de trabajo para meditar y escribir otras obras”. Después de la *Sn30*, comprendido y bendecido el destino que la providencia le reservaba y creyéndolo cumplido, “gozando vida, libertad y honor”, se declara más feliz que Sócrates, reconciliado y en paz, aunque a través de Fedro expresa su deseo de fama póstuma y de que su nombre quede limpio de la envidia.

A partir del 1730, según Nicolini, la vida de Vico entra en unos años de una relativa paz y la escritura de la *Sn30* y de la *Agg.* no puede ser ajeno a ello⁴³. Por ello, el tono conciliador y comprensivo con el que, un año después, en el *De mente*, Vico indica los autores que han de estudiar los jóvenes (Justiniano, Hipócrates, Aristóteles) es, no sólo adecuado a la ocasión, sino también probablemente sincero y, en el fondo, inocuo porque los autores, advierte a los estudiantes, sólo sirven si son superados, único método por el que “las ciencias y las artes son corregidas, aumentadas y perfeccionadas”. Por otra parte, es tarea y trabajo propio del estudiante el confrontar lo aprendido de cada disciplina, buscando su congruencia y armonización, guiado por la “propia naturaleza de la mente humana, que se deleita en sumo grado con lo uniforme, lo conveniente, lo adecuado”, y asimismo es tarea suya, del estudiante, “comparar también entre sí las propias ciencias” que, como miembros de un cuerpo divino, componen la entera sabiduría. Consiguiendo con su esfuerzo esta armonía los estudiantes realizarán la “razón humana universal, a manera de una blanquísima y purísima luz que, doquiera que volváis los ojos de la mente, allí dirige sus rayos”, de manera que descubrirán que todos los saberes y sus partes “confluyen, se corresponden y concuerdan, de la más bella forma posible, como en un punto determinado”. Y esta visión unitaria del saber es la que caracteriza al “más absoluto modelo del completo sabio”.

Pero si la perfección individual presidida por la búsqueda de la virtud no es ya el fin superior, tampoco la “entera sabiduría” por sí sola es suficiente, porque su fin no puede ser que el sabio pueda “disfrutar ocioso de su tranquilidad de espíritu”. Los estudiantes han de elegir una profesión en particular para que sean “útiles al Estado”. Con diversos ejemplos, entre los que podía haberse incluido él mismo, advierte que no deben fiarse de sus primeras inclinaciones porque “con frecuencia se encuentran tan recónditas y adormecidas en el hombre las facultades de las mejores y más grandes cosas que apenas, y ni siquiera apenas, son advertidas por su propio dueño”, por lo que también requiere voluntad y esfuerzo el que cada uno descubra en sí mismo “el genio ignoto, de una naturaleza tal vez más espléndida”. Y en el ejercicio de la profesión, recomienda una meditación continua sobre el propio trabajo que se ponga como jueces y censores a los mejores autores de cada profesión, “que han soportado la diuturnidad de los tiempos”, porque quien lo hace así “no puede lucubrar obras que la futura posteridad no admire”, es decir, la conducta que se recomienda en el Pseudo

Longino y que, según cuenta en su autobiografía, él ha seguido en su vida profesional y, en particular, al escribir la *Sn30*⁴⁴. Al proceder así “en el camino de la sabiduría”, será fácil “avanzar más allá” sin dificultades y sin perderse al recorrer “los impracticables caminos de las Musas” y dar el último paso del recorrido: *crear*.

V. LOS CAMINOS DE LAS MUSAS Y LA SABIDURÍA HEROICA. EL HEROÍSMO DE VICO Y SU RECOMPENSA

La mente deviene heroica al producir, al crear una sabiduría útil para la felicidad del género humano y para ello hay que afrontar, o bien “cosas arduas intentadas en vano por otros hombres ilustrísimos”, o bien emprender “cosas no intentadas hasta hoy”⁴⁵. En esta bifurcación, Vico da ejemplos del camino de las tareas intentadas y no resueltas (donde, como hemos dicho, en la jurisprudencia sitúa el problema que trataba en la lección del concurso universitario), pero con la apelación al *De Augmentis Scientiarum* de Bacon, orienta toda su fuerza persuasiva hacia el camino de lo absolutamente nuevo. Es aquí, como es notorio, donde la oración se expresa con tono y argumentos baconianos y donde Vico, elogiando las invenciones de los últimos trescientos años, avala la revolución científico-técnica y formula con vehemencia su confianza optimista en el progreso humano. “El mundo es joven aún” y en el “magno seno de la naturaleza” y en el “magno emporio de las artes, se encuentran aún disponibles ingentes bienes provechosos para el género humano”. Se trata, pues, de que la *mente heroica* se aplique a ello. Si en el *De ratione* Vico reprochaba a Bacon que pretendiera más de cuanto le es posible a la naturaleza humana imperfecta, ahora es él mismo quien alimenta el espíritu prometeico, quien exhorta a intentar lo nunca hecho, a que cada uno fuerce el límite de sus capacidades hasta la creación. Ahora Vico tiene en sí mismo la prueba de la posibilidad de ello, pues ha sido capaz de dar inicio a una sabiduría: buscando un lugar digno en la ciudad y defendiendo su estima como literato con el esfuerzo y el tesón del *ritiro al tavolino*, se ha encontrado con la *Scienza nuova* entre las manos. Las creaciones, los descubrimientos, son los frutos más gloriosos de la sabiduría y a ellos directamente exhorta Vico sin más dirección ni límite que la clásica y sencilla formulación de pretender y proporcionar utilidad y felicidad al género humano. Los viejos, como advierte en la cita que encabeza la oración, lejos ya de glorias y poderes, son guiados por la *utilità*, pero el viejo Vico, al reclamarla, además de actuar de acuerdo con su edad, añade una convicción más profunda, convicción que ha formulado como ciencia en la *Scienza nuova* y que ha experimentado en su vida: la de que es la propia providencia la que dispuso que los hombres que viven “en soledad como bestias [...] *por la utilidad* misma sean empujados como hombres a vivir con justicia y conservarse en sociedad”.

Y en esta exaltación genérica de las innovaciones benéficas para el género humano (que es el interés que debe guiar la acción de los hombres en la edad de la razón toda desplegada, en la edad de los filósofos), entre los héroes innovadores que señala como ejemplos a los estudiantes, junto al Alejandro fundador de Alejandría y al Colón descubridor de América, Vico pone a Descartes, el autor “ambiciosísimo de gloria”⁴⁶ responsable de la moda de los tiempos que tanto ha criticado y lamentado. Es, de nuevo, el tono conciliador y ecuánime que respeta al adversario, pero tampoco importa mucho que lo cite pues circunscribe su aportación en el campo de la física y, sobre todo, porque es ejemplo para incitar a hacer cosas nuevas, es decir, para que se imite su gesto innovador y no para que se

reproduzca la innovación que aportó. Por las mismas razones, tampoco tiene ahora escrúpulos religiosos para rendir tributo a Galileo y al herético Grozio.

La *peroratio* final recoge en forma imperativa las normas de acción para los estudiantes que quieren alcanzar las metas más altas y más nobles en el estudio y el cultivo de la sabiduría y que se derivan de todo el argumento y lo resumen. Cuando exhorta a afrontar *tareas hercúleas*, es decir, a recorrer los caminos de las musas y enriquecer el género humano de nuevos descubrimientos, añade que, tras realizarlas, quedará probado “con todo derecho que vuestro linaje divino se remonta al verdadero Júpiter Óptimo Máximo; y así os reclamaréis héroes”. La tarea del héroe filosófico incluye su autorreconocimiento como tal, pues el dar inicio a algo nuevo es lo que más asemeja a Dios, por tanto es la demostración –por así decir en “mente propia”– de la *naturaleza casi divina* de la mente. Es imposible, por indecoroso, que Vico se hubiera puesto como ejemplo de los héroes a imitar, junto a Galileo, Descartes y Grozio, pero la seguridad en su obra es tal que, como hemos visto, ya la ha situado en un lugar más privilegiado de la oración: como una parte concreta del saber fundamental que conduce a la sabiduría superior y como el saber desde el que se vertebra el propio itinerario, pues las dos cosas es la Ciencia nueva, tanto una propuesta concreta sobre el saber que hay que adquirir del coloquio con la historia y de la meditación sobre el devenir de las naciones, como también el punto sabio donde se concentra la visión unitaria y desde donde se comprende todo en armonía. Lo que Vico presenta como propio, sin necesidad de nombrarse, es su tarea de héroe filosófico ya realizada.

Cumplida la tarea, autorreconocido el héroe, viene el momento de la recompensa y la gloria que le corresponden. Así lo había asegurado Vico en la presentación inicial del argumento y, a la hora de cerrarlo, lo sigue afirmando: a los méritos “para con la entera sociedad humana les seguirán con facilidad riquezas, recursos, honores y poder en este vuestro país”. Sin embargo, su propia experiencia, larga y dramática, se impone y le obliga a considerar la posibilidad de que no lleguen y, en ese caso, es su propia experiencia también la que responde escuetamente: si estos bienes “llegaran a cesar –les dice a los jóvenes– no os quedaréis aguardando”, es decir, no se detendrá la acción, seguirá la realización de la obra que debe continuarse con la resignación que enseña Séneca ante la “necia y loca Fortuna”. Aquello de lo que su vida era una prueba, esto es, que el héroe puede no ser reconocido como tal, emerge aquí brevemente como una posibilidad para la que ya tiene respuesta de defensa: la propia laboriosidad desplegada. La *operosità* viquiana, tantas veces representada por el *tavolino*, no es ya sólo el medio adecuado para merecer la fama, ni el refugio ante la adversidad, ni tan siquiera la ocasión que lleva a descubrimientos inesperados, ahora es en ella misma la realización del saber y una alternativa a las recompensas sociales. Con gloria o sin ella, es el cumplimiento del deber de la mente humana que “no puede no ir en pos de lo sublime, no intentar lo grande, y no llevar a cabo lo egregio” y que no nace de su naturaleza corrupta, sino que realiza *su naturaleza casi divina*. Es el actuar que corresponde al hombre consciente de que con su acción se hace el mundo civil y de que la aspiración que ha de guiarle es mejorar ese mundo, el mundo de las naciones, el mundo humano. Cumplido ese deber, el hombre-héroe obtiene el beneficio “divino e inmortal”, de sentir que Dios, “que nos prescribe amar al entero género humano”, le haya elegido particularmente a él para mostrar a través suyo “su gloria en la tierra”. En este beneficio íntimo y personal, que no depende del reconocimiento de muchos o de pocos y que nadie puede quitar, fija el napolitano el valor de la verdadera recompensa y concluye la oración.

Y un nuevo lazo puede observarse entre la *Or. VI* y este final. En la *Or. VI* Vico sintió la necesidad de explicar el porqué de su discurso y la concluyó explicitando a los jóvenes el sentido de la propia acción que acababa de realizar: aunque no es sabio, imitando a los sabios que “siempre obran porque siempre pueden hacerlo”, dice,

“yo, puesto que el conocimiento de mi propia naturaleza corrupta me aconsejó esto que he dicho, en tal convicción obré, porque tan sólo en tal convicción pude hacerlo, la de dirigirme a vosotros según la finalidad propia de mi arte y la de ayudar a la sociedad humana, en la parte que me toca, de corazón y con seriedad”⁴⁷.

Ahora, en su última oración inaugural, el creador de una ciencia nueva, el viejo y excelente profesor de elocuencia que adecua su saber al momento y a los destinatarios, sólo ha tenido necesidad de advertir al inicio de su oración y con versos horacianos los límites del papel que le correspondía: *haré las veces de muela...* donde otros se afilan, pero como ha hablado desde la consciencia de su mente heroica, Vico se ha expresado en la propia acción y, como acto sabio, no necesita al final de más explicación que el silencio.

Las palabras con que Domenico Ludovico agradece el envío del *De mente*, en su entusiasmo de amigo no dejan de tener un fondo de verdad: “*Della Mente Eroica / disserta / la MENTE / ... Ma tu, o eroe, mentre dischiudi le facoltà sublimi della mente, / fai parimente conoscere la mente tua, o Vico*”⁴⁸.

NOTAS

1. *De mente heroica*, p. 198. De ésta como del resto de las Oraciones inaugurales y del *De antiquissima*, cito por la edición española de F. J. Navarro: G. VICO, *Obras. Oraciones inaugurales. La antiquísima sabiduría de los italianos*, Anthropos, Barcelona, 2002 [entre corchetes remitiré a la correspondiente edición italiana, en este caso la de G. G. Visconti: G. VICO, *Varia. Il 'De mente heroica' e gli scritti latini minori*, A. Guida, Napoli, 1996, p. 193]. Las diferentes ediciones de la *Ciencia nueva* las cito como *Sn25*, *Sn30* y *Sn44*.

2. *De ratione*, p. 79 [p. 97. en la ed. de A. Battistini: G. VICO, *Opere*, Mondadori, Milano, 1990].

3. *Vita*, p. 123; cito por la traducción española *Autobiografía de Giambattista Vico*, trad. y ed. de M. González y J. Martínez Bisbal, Siglo XXI, Madrid, 1998 [en la ed. de A. Battistini en *Opere*, p. 36].

4. *Or. VI*, pp. 63-64 [pp. 195-7 en la ed. de G. G. Visconti: G. VICO, *Le orazioni inaugurali, I-VI*, Il mulino, Bologna, 1982].

5. *Vita*, pp. 83 y 189 [ed. Battistini, pp. 6 y 85].

6. *Vita*, pp. 84-85 [ed. Battistini, pp. 7-8]. *De mente*, p. 197 [ed. Visconti p. 139]: “Muévense los jóvenes por la gloria, los hombres por el poder y los ancianos por la utilidad”.

7. Sigo con ello la indicación de A. Battistini sobre el *De mente*: “pur condizionata dal contesto, la più tarda prolusione non è per questo meno sincera, riflettendo sia l'avvenuta evoluzione biografica dell'autore, sia lo stadio più avanzato del suo pensiero” (*Opere*, p. 1452).

8. *Epistole*, a cura di M. Sanna, Morano, Napoli, 1992, pp. 113-115.

9. *Vita*, p. 141 [ed. Battistini, p. 49]. La expresión la repetirá con frecuencia a partir del 1723.

10. *De mente*, p. 209 [ed. Visconti p.163].

11. Un ejemplo de uno de los fines sociales de los estudios que, como veremos, privilegiaba en la *Or. VI* (p. 70 [ed. Visconti p. 207]), llegar a ser confidentes y asesores de los príncipes y orientarlos en el gobierno de los Estados, y que ya no tiene lugar en el *De mente*.

12. *Vita*, pp. 110-111 [ed. Battistini, pp. 26-27].

13. Carta a Giacco ya citada.

14. *Vita*, p. 146 [ed. Battistini, p. 52].

15. Carta a G. M. Crescimbeni, *Epistole*, p. 83, donde asocia su mala fortuna y sus enfermedades.

16. En particular, cfr. las cartas a Giacco del 27-X-1721, a J. Leclerc del 9-I-1722 y del 17-X-1723, y a N. Gaetani di Laurenzano del 1-III-1732. También, *Vita*, p. 147 [ed. Battistini p. 53].

17. *De ratione*, p. 126 [ed. Battistini, p. 215].

18. Carta a Giacco del 12-X-1720, *Epistole*, p. 89.

19. Es Giacco quien le sugiere que como “savio non meno, che Scienzato devete soddisfarvi dell'approvazione di tai Pochi” (carta del 21-X-1721, *Epistole*, p. 97) y a quien Vico responde con la *superba necessità* asumida voluntariamente (carta del 27-X-1721, *Epistole*, p. 99). Sobre los *doctissimi* que siempre son pocos y los únicos capaces de apreciar su obra cfr. también: cartas a Giacco del 25-X-1725 y a F. S. Estevan de 12-I-1729 (ambas en *Epistole*, p. 114 y p. 148 respectivamente) y la página final de la *Aggiunta* (*Vita*, p. 178 [ed. Battistini p. 84]).

20. Carta a J. Leclerc del 3-XI-1725, *Epistole*, pp. 115-116.

21. *Vita*, pp. 141-142 [ed. Battistini, p. 49].

22. Este es el “deber ser” de la Universidad, pero cuando a continuación habla del “es” de las universidades de su tiempo, de la napolitana por tanto que es la que los estudiantes tienen ante sus ojos (p. 203 [ed. Visconti pp. 149-151]), reconoce el defecto de las incoherencias metodológicas y de contenidos, pero ya no es tan duro con ellas como en el *De ratione*, ahora las ve necesarias por la propia naturaleza de las cosas –nuevos inventos, nuevos descubrimientos, nuevas ediciones críticas–, y les descubre las ventajas de una menor rigidez de escuela, mayores posibilidades de una obra personal dirigida a la posteridad, mayor diversidad para poder elegir y completar unos saberes con otros.

23. *Or. VI*, p. 61 [ed. Visconti p. 191].

24. *Or. VI*, p. 61-65 [ed. Visconti pp. 193-199].

25. Ya en la carta a Corsini del 26-XII-1724 (*Epistole*, p. 111) habla del parto de la *Scienza nuova in forma negativa*, y también envía la *Sn25* a C. Galiani (18-X-1725, *Epistole*, p. 112) y a Giacco (28-X-1725, *Epistole*, pp. 113-115) como el fruto de su parto. En las *Vici Vindiciae*, reivindicará la *Sn25* como “*meus genuinus partus*” (*Vici Vindiciae*, p. 95. Sigo la versión de Visconti en el volumen *Varia* ya citado. Versión castellana de F. J. Navarro en *Cuadernos sobre Vico*, 13-14, 2001-2002, pp. 437-459).

26. En la carta de contestación del 20-XII-1725 (*Epistole*, p. 121) Giacco le pronostica que muchos seguirán su *alta eroica meta* y lo describe como “uomo scopritore felice di un Mondo nuovo nella scienza più necessaria e più utile a ll'umanità”.

27. *Or. VI*, pp. 65 y ss. [ed. Visconti pp. 199 y ss.].

28. Principio metódico-evolutivo que jugará un papel decisivo en la crítica del *De ratione* a la educación de inspiración cartesiana.

29. *Vita*, p. 124 [ed. Battistini p. 37].

30. *De mente*, p. 204 [ed. Visconti p. 151]. A resaltar la descripción de la física por su efecto desmitificador de la naturaleza: con ella nunca más el rayo volverá a ser Júpiter.

31. *Ibid.*, pp. 204 y ss. [ed. Visconti pp. 151 y ss.].

32. En el original “*animi altitudine*”. Como es sabido, el latín fue la lengua clásica cultivada por Vico y su insistente apelación al *ánimo* de los estudiantes parece reclamarles a esta tradición.

33. Par. 42: “Y al final, para resumir la idea de la obra en una suma brevísima, toda la figura representa los tres mundos según el orden con el que las mentes humanas del mundo gentil se han alzado desde la tierra al cielo [...] el mundo de las naciones, al que primero de todo se aplicaron los hombres [...] el mundo de la naturaleza, que después observaron los físicos [...] el mundo de las mentes humanas y de Dios, que finalmente contemplaron los metafísicos”. El principio evolutivo ordenador no es la evolución individual, sino la de los pueblos.

34. El 17 de agosto de 1725, casi a la vez que llega a Nápoles la negativa de Corsini a sufragar la edición, Sostegni le comunica a Athias el encargo de Vico de que se ocupe de hacer llegar por *canale sicuro* la obra a Inglaterra y a Holanda, facilitándole los fondos necesarios para ello (carta de Sostegni a Athias del 17 de Agosto 1725, en G. VICO, *Autobiografía*, edición de F. Nicolini, Il mulino, Napoli, 1992, p.190). Cfr. también la carta de Vico a Esperti del 18-XI-1725 con el envío de la obra a Roma (*Epistole*, pp. 116-117) y el acuse de recibo de la obra de Edouard de Vitry desde Francia (*Epistole*, pp. 129-130).

35. Cfr. las súplicas a Harrach y Carlos de Borbón, y las *Vici Vindiciae*.

36. Todavía en 1730 circularán sátiras sobre la Cimmino, los literatos que se reunían con ella y el propio Vico, como cuenta Nicolini en su edición de la *Autobiografía* ya citada, p. 179.

37. Según Nicolini en *ibid.*, pp. 142-144.

38. *Vici Vindiciae*, p. 453 en la ed. de F. J. Navarro citada [ed. Visconti p. 87].

39. *Ibid.*, p. 456 [pp.103-105].

40. *Ibid.*, p. 455 [p. 97].

41. Aparte de la rectitud de su vida, el inventario se reduce a poco más que los elogios de Leclerc y Conti, a la *Vita* publicada con el catálogo de sus obras, al hecho de que su libro esté agotado, que es muy buscado y se paga por él un alto precio y que se prepara una nueva edición en Venecia.

42. *Vici Vindiciae*, p. 454 [ed. Visconti p. 91], la cursiva es mía.

43. Aunque, según cuenta también Nicolini (*Autobiografia*, ya citada, pp. 145-146), todavía le quedaba acompañar a Ignazio en la enfermedad y en la muerte (ocurrida el 10-V-1737), hacerse cargo de su nieta y enfrentarse judicialmente con la nuera viuda, “quell’arpia della Tomaselli”.

44. Cfr. *Vita*, p. 115 [ed. Battistini p. 30] y la parte final de la explicación de 1730 de la *Dipintura* en G. VICO, *Opere*, a cura di F. Nicolini, R. Ricciardi, Milano, 1953, p. 872, y en G. VICO, *Principj d’una Scienza Nuova d’intorno alla comune natura delle nazioni* (1730), a cura de M. Sanna e F. Tessitore, Morano, Napoli, 1991, pp. 91 y ss.

45. *De mente*, p. 209 [ed. Visconti p. 163].

46. *Vita*, p. 103 [ed. Battistini p. 21].

47. *Or. VI*, p. 71 [Visconti, p. 209].

48. Citado por Visconti en su introducción al *De mente*, pp. 120-121. Niccolò Concina, en su carta del 1-IX-1736, habla de Vico como aquel “la cui mente io soglio chiamare Eroica” (*Epistole*, p. 182).

* * *



ARCHIVIO
DI STORIA DELLA CULTURA

Δαίμων

Revista de Filosofía

EDUCAÇÃO
&
FILOSOFIA

Er, Revista
de Filosofía

ESTUDIOS
NIETZSCHE

ISEGORÍA
REVISTA DE FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA

ARGUMENTOS
DE RAZÓN TÉCNICA

RIVISTA
DI STUDI
ITALIANI



UNIVERSIDAD DE MENDOZA
FACULTAD DE CIENCIAS JURÍDICAS Y SOCIALES
Instituto de Filosofía Práctica



FILOSOFÍA

Reseñas de Libros

QUADERNS
D'ITALIÀ

Revista de
Estudios Orteguianos